

Discriminación racial en Cuba: un secreto a voces

Jorge Olivera Castillo
Escritor y periodista
La Habana, Cuba

En Cuba prevalece una mentalidad racista. No son pocas las evidencias para sostenerlo. Las tesis esgrimidas por ocho intelectuales, en su mayoría negros, cercanos al oficialismo para contrarrestar la denuncia pública de alrededor de 60 personalidades afronorteamericanas, no logra alcanzar las cuotas de credibilidad suficientes para omitir un fenómeno que se ha enquistado en la conciencia popular y se manifiesta de muchas formas.

En el acápite concerniente a la raza del Censo 2002 se constata la intención de manipular las cifras para dar la perspectiva de una población mayoritariamente blanca. Según el sondeo nacional, los cubanos no blancos fueron sólo entre 30 y 35 por ciento del total. Eso es imposible de creer. Basta con caminar por cualquier calle para cerciorarse de la manipulación estadística.

Una interpretación que pudiera explicar el re juego numérico estaría en la autodefinición de los menos oscuros de piel como blancos, como deseo de figurar en una raza que hegemoniza los patrones estéticos y cuenta con mejores coberturas para el ascenso en la escala social. Sondeos no oficiales han logrado cifras más fiables, que van del 50 al 60 por ciento de negros y mestizos.



Es lamentable que a estas alturas del proceso revolucionario, que prometió abolir la discriminación racial, todavía haya que tratar el tema con perfil donde se reflejan profundas huellas, entre ellas el devastador efecto psicológico y sociológico en amplios segmentos de la población con rasgos africanos.

Aunque en Cuba no se puede hablar de segregación al estilo *apartheid*, es oportuno acotar que la gente eufemísticamente denominada «de color» tiene menos oportunidades para avanzar dentro de los esquemas establecidos, tanto en el empleo, superación profesional, representatividad en los medios y mejoras habitacionales, como en otros aspectos inherentes al desarrollo humano integral.

No es que tales metas sean totalmente imposibles, sino que deben invertir mayor cuota de esfuerzos para conseguirlas. Es preciso acotar que gran parte de las energías invertidas en esos propósitos terminan en victorias pírricas o en sonadas frustraciones.

En la actualidad 2 800 jóvenes africanos se forman en universidades cubanas y más de 35 000 se han graduado en las últimas cuatro décadas, pero esto no es motivo para soslayar realidades que, poco a poco, han corrompido el tejido social con secuelas que perdurarán. Los negros en Cuba tienen la primacía entre los núcleos familiares que habitan en inmuebles deteriorados, entre las más de 70 mil personas internadas en las prisiones, entre los chistes dónde siempre sale mal parado y entre muchos aspectos que subrayan la desigualdad y el rechazo.

Con el olvido del asunto se ha sedimentado el espíritu racista. Ahora, la nomenclatura intenta poner parches para remediar, pero el asunto es bien complejo. Y se han esquematizado estereotipos y omitido eventos que desfavorecen la llegada de una solución.

La discriminación racial en Cuba tiene sus particularidades. Para quiénes desconocen la idiosincrasia, así como elementos históricos definitorios de la nacionalidad, podría resultar complicado entender y aceptar la existencia de algún tipo de racismo en la Isla. Es necesario estudiar a fondo el contexto y poner a un lado los parcialismos y los prejuicios con el propósito de evitar manifestaciones y posturas que sirven para minimizar el fenómeno o sacarlo del foco de atención.

Es cierto que se han abierto espacios de debate, pero celosamente controlados desde el poder. La libre participación y, por consiguiente, la oportunidad de revelar cuestionamientos que desentonarían la agenda preconcebida, es parte de un diseño que sólo propicia crear niveles de sensibilidad muy útiles para

reforzar el mensaje hacia el exterior. Permitir la publicación de obras sobre este tópico e incluso abordarlo fugazmente en un programa televisivo, no es motivo para congratulaciones.

Lo importante debería estar en crear un ambiente propicio al análisis sin cortapisas y el aumento de la periodicidad de atención mediática, con vistas a lograr una abarcadora concientización social.

Es muy difícil, bajo los estrictos parámetros comunicacionales caracterizados por la alta densidad ideológica, pensar en escenarios que faciliten una discusión amplia, sin policías disfrazados de intelectuales o de ciudadanos de a pie, índices de temas prohibidos y relaciones de nombres a los que hay que mantener a raya.

Los escépticos o los que rechazan tajantemente las aseveraciones de que en Cuba hay discriminación por motivos de raza, deberían ver el documental “Raza” (2008), de la casa productora Caminos (Centro Memorial Martin Luther King Jr.), dirigido por Eric M. Corvalán Pellé. Allí encontrarán opiniones de intelectuales y artistas cubanos, en su mayoría de la raza negra, y del viceministro de Cultura Fernando Rojas. Con sus matices, todos aceptan que el problema de la discriminación es real.

La obra salió de cartelera con prontitud. Indudablemente, por orden del Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficas (ICAIC) que monopoliza el sector, el documental debía tener divulgación mínima. No obstante circulan copias clandestinas que pueden verse en formato DVD o con ayuda de memorias *flash*.

Los intelectuales afronorteamericanos que estamparon sus firmas en el documento que dio la vuelta al mundo el primero de diciembre último, no tendrán de que arrepentirse. La revolución cubana ha fallado en sus propuestas de justicia e igualdad para todos, aunque la élite de poder insista en negarlo.



Es plausible que miles de africanos estudien en Cuba diversas profesiones universitarias. Nadie puede soslayar esos gestos hacia un continente lastrado por la pobreza y el analfabetismo, pero el componente político de tal gestión supera lo que aparenta enmarcarse dentro de los límites de la filantropía.

Intramuros prevalece el fantasma de la discriminación. Miles de ciudadanos negros se las ingenian para sobrevivir en circunstancias desesperanzadoras. La mentalidad que impusieron los colonizadores hace siglos tiene sus réplicas en una élite predominantemente blanca que no quiso atender este asunto con la debida formalidad y lo dejó en los últimos puestos del sumario de prioridades. Ahora intenta algún paliativo, para guardar las apariencias.

En una de sus intervenciones en el precitado documental, el músico cubano Gerardo Alfonso emite obvias señales de alarma:

«Pienso que el silencio es peor. Pienso que mientras más días pasen, mientras más minutos pasen sin hablar de esas cosas, ese racismo fermentando bajo tierra va pudriendo la nación toda y llegará el momento en que sea un pus que explota».

Por su parte Gisela Arandia, coordinadora de la desaparecida organización *Color Cubano*, es concluyente: «El racismo es una debilidad ideológica, es un conflicto político y como un conflicto político es incompatible con la justicia social y es incompatible con la búsqueda de la equidad».

Tales valoraciones arrojan luz sobre una realidad que amenaza con enturbiar aún más los destinos de la nación. El cúmulo de deficiencias semeja una especie de nudo gordiano. Zafarlo sin partir la maltratada cuerda social será una tarea muy difícil.